

El 8 de marzo, en Madrid, pasó este año sin globos, oropeles ni serpentinas, sofocado más bien por la confusión política, la coyuntura, el concubinato ideológico de la izquierda, las centrales sindicales y el cachondeo. Porque es este último adjetivo el que define a la perfección una jornada de lucha supuestamente feminista que finalizó en una manifestación donde las propias mujeres terminaron por ignorar si asistían a una marcha contra el empalme Tajo-Segura, a favor de las autonomías extremeñas o por la recuperación del patrimonio artístico vallisoletano.

Este setenta aniversario de la muerte de 120 trabajadoras en una fábrica textil de Nueva York se abrió en Madrid con un mitin celebrado el pasado 5 de marzo y en el que participaron con voz veinte organizaciones distintas. Aparte de insistirnos en la situación de esa masa de trabajadoras, doblemente explotada, doblemente discriminada, mano de obra de reserva del capital, etc., algunos grupos se lanzaron a la ofensiva contra las centrales sindicales a las que acusaron de manipular a las mujeres y en las que se situó poca confianza para la resolución de nuestros problemas. También se denunció el

En el 8 de marzo, día de la mujer trabajadora

TIMADAS POR UN DIA

pacto de la Moncloa como un fraude y un engaño para el sexo femenino.

La manifestación del día 8, convocada por la Plataforma de Organizaciones Feministas de Madrid bajo el lema **Por un puesto de trabajo sin discriminación** —y en la que según "El País" participaron unas seis mil personas—, se inició tímidamente desde el comienzo del paseo de Rosales entre victoriosos gritos feministas que luego, poco a poco, fueron sustituidos y trans-

formados en extraños refranes, vítores, canciones y coletillas ajenos totalmente al sentido de la marcha.

El nivel ideológico del acto vino marcado por un dicho sentencioso: "¡No se ven, no se ven, las mujeres de UCDI!", lanzado insistentemente por un numeroso grupo de la manifestación, capitaneado por voluntariosos "hombres feministas" y que en mimetismo general fue coreado más tarde por todo el mundo.



"Por un puesto de trabajo sin discriminación" era el lema de la manifestación feminista del día 8 en Madrid.

Temerosamente, algunas mujeres lanzaban de vez en cuando algunos gritos relativos al aborto, sexualidad libre, condenando las violaciones o pidiendo la abolición de la familia. Pero de nuevo volvían a escucharse gritos a Suárez, UCD y el fascio.

Se hizo patente entonces la división entre una minoría de feministas, defensoras del interclasismo y la unidad entre las mujeres y una gran mayoría de militantes de partidos encargados, al parecer, de manipular el acto cada uno para su provecho, impidiendo a las mujeres tomar la iniciativa de su manifestación.

Un incidente, provocado por un posible militante de Fuerza Nueva, que agredió a una mujer, vino ya a trastocar todo el sentido del día, donde sólo se oyeron hasta el final atronadoras voces masculinas que gritaban puño en alto: "¡Fascistas, vosotros sois los terroristas!". "La Internacional" cerró el acto y aquí paz y después gloria. Algunas mujeres, desde la calle Ferraz, y cuando ya parecía disolverse la marcha, cantaban "Nos habéis robado nuestra manifestación". Otro 8 de marzo será. ■ **YMELDA NAVAJO**. Foto: CARMEN BASAÑEZ.

Libertad de expresión en Vista Alegre

A estas alturas no sé hasta qué punto debe de hablarse de actos contra la libertad de expresión, o, llanamente, de la flagrante torpeza de algunos sectores del poder, quizá convencidos de que la detención de unos actores o de unos periodistas era una decisión irrelevante. Uno diría, a la vista de las represiones de esa libertad enumeradas en el mitin-festival de Vista Alegre, del mitin mismo y de las distintas respuestas, ya dadas o previstas para un futuro próximo, que el poder se ha complicado innecesariamente la vida. Considerando el conjunto de problemas y las lógicas y graves tensiones de una sociedad largo tiempo silenciada, que pasa además por un período de crisis económica, los ataques a la libertad de expresión, tal y como se han ejercido, quizá constituyan una de las operaciones más torpes de la actual Administración. A la represión —mucho más leve, lógicamente, que los mismos actos hubieran merecido en los años de la dictadura; pero a la vez mucho más severa de lo que corresponde a una realidad democrática— ha respondido una sensibilización frente al tema que el Gobierno difícilmente podría atajar sin plantear una cuestión de fuerza, ajena por completo a lo que se entiende por juego democrático. Lo que significa que se ha visto atrapado por la misma ambigüedad o contradicción que en tantos aspectos representa: la aceptación de unas reglas que permiten celebrar el tumultuoso mitin de Vista Alegre y al mismo tiempo la negación de esas reglas en mu-

chos de los casos que han legitimado la convocatoria de aquél y de cuantos actos se integran en la misma campaña.

Esta duplicidad podría explicarse en función de la transitoriedad del período, cuando muchos de los que aceptan la palabra democracia se niegan a admitir que hemos vivido varias décadas de dictadura. Dicha "transitoriedad" podría incluso explicar la posición de cuantos, con buena fe y razonable temor, consideran que convendría "esperar" hasta que la nueva Constitución fuera un hecho y se derivase de ella una realidad más ajustadamente democrática. Pero, aparte del imperativo ético de solidarizarse, sin supeditación a calendario alguno, con cuantos son objeto de cualquier represión antidemocrática, ¿quién nos asegura que ese prudente silencio iba a ser premiado en el futuro? ¿Qué sentido tendría esperar una definición democrática de la libertad de expresión sin luchar por ella? ¿Cómo no ha entendido el actual Gobierno que esa era una de las bases para desgastar la demagogia de cualquier signo? Para una sociedad tantos años sometida a la censura previa y al control riguroso de los actos públicos, la libertad de expresión es la primera de las conquistas. ¿Cómo no ha entendido el poder que afrontar sus contenidos, debatirla y perfilarla jurídica y políticamente, era un compromiso básico, que no cabía postergar hasta la Constitución ni resolver con simples criterios de tolerancia?

La "tolerancia" fue la manifestación liberal de la

dictadura. Ahora, el nuevo poder ha establecido los límites a la expresión mucho más lejos que antes, pero sin objetivar una regla de juego al respecto que, debatida y aceptada por la mayoría, nos sujetara a todos con el peso de una ley democrática...

Cuarenta y tantas organizaciones firmaban el documento leído en Vista Alegre. Los graderíos y el ruedo están llenos de gente, en su mayoría joven, que agita banderas y pancartas. Sobre la escena, varios grupos musicales y cantantes —Luis Pastor, Cantalapiedra, Aute, Llach...— animaban cuanto tenía el acto de festival, a veces, como en el caso de Luis Llach, pese a cantar en catalán, coreados por millares de espectadores. El tono dominante era el de unidad y de fiesta, que elaboró su comunicado particular. En el texto de la izquierda unida se decía: Dentro de las libertades democráticas, ocupa un lugar fundamental la libertad de expresión y la libre circulación de las ideas. Sin su ejercicio no existe la democracia, y es la defensa de este derecho lo que está en el origen de esta campaña.

Esto era el domingo por la mañana. El lunes salían desde Barcelona con su furgoneta varios grupos del teatro independiente para concentrarse en Madrid, junto a los grupos de nuestra ciudad y los llegados de otras capitales españolas. El miércoles, en la galería Juana Mordó, medio centenar de artistas e intelectuales, de Madrid y Barcelona, convocaban una rueda de prensa. Para el martes 21 se preparaba una gran manifestación... ■ **J. M.**